

LUIS SÁNCHEZ GRANJEL (1920-2014)
Y LA HISTORIA DE LA MEDICINA ESPAÑOLA:
RECUERDO Y HOMENAJE.

“Yo no digo esta canción sino a quien conmigo va”.
Romance del Conde Arnaldos. *Cancionero de Amberes*. 1548

La pérdida del maestro Don Luis Sánchez Granjel, Catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad de Salamanca, ha sido muy dolorosa para quienes lo conocieron. Todos nos sentimos heridos a la vez que afloran emociones y recuerdos de los años de amistad y de admiración que le profesamos. El Profesor Granjel murió, en su último domicilio de Salamanca, en la Plaza de la Fuente donde tantas veces fuimos a saludar y gozar de su palabra y compañía. El recuerdo de tantos días compartidos siguen vivos en nuestra memoria, incluso el homenaje que le ofrecieron los Colegios de Médicos de Salamanca, Guipúzcoa y Valladolid el 7 de Septiembre de 2013, fue el último encuentro con el Maestro, al que acudieron profesores de numerosas universidades españolas. Su muerte el 29 de Noviembre de 2014, a los noventa y cuatro años, cierra su dilatada existencia desde su nacimiento en 1920 en la villa guipuzcoana de Segura. Como sincero homenaje que compartimos con numerosos compañeros y amigos mis palabras quieren glosar su obra, y recordar su figura humana, evocando momentos y circunstancias personales que a veces se confunden en la memoria de más de medio siglo. Era maestro y amigo de varias generaciones de médicos e historiadores de la Medicina, razones de cercanía a su persona, nos traen entrañables recuerdos y vivencias de innumerables jornadas. Son estas razones por las que no puedo dejar de evocar momentos personales que se funden, y reviven los años de su magisterio cuya obra ha sido un generoso legado para la historia de la Medicina Española.

No es sencillo resumir en breve síntesis lo más esencial de la obra histórico-médica granjeliana y su repercusión entre los historiadores españoles, porque a nivel hispánico su legado científico ha tenido enorme influencia. Dentro del análisis cronológico de su vida y obra, siguió un proceso de creciente fecundidad a lo largo de toda su existencia. Su obra se inició hacia los años cuarenta del siglo pasado sobre temas relativos a la historia del pensamiento psicoanalítico. Sin embargo muy pronto, desde los años cincuenta, en la Cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad de Salamanca, centró su dedicación al que fue el tema de toda su vida: el pasado de la medicina y los médicos españoles.

Hay dos grandes historiadores por los cuales siento auténtica admiración, dado el rigor y volumen de su enorme erudición. Entre los extranjeros por la colosal e impresionante obra de George Sarton. Entre los profesores españoles, por la continuidad y amplitud sobre la medicina española, la obra del profesor Luis Sánchez Granjel. Su contribución marca un antes y un después en la historiografía de la medicina española. Pertenece por derecho propio a los grandes historiadores del siglo XX, fue un gran publicista, de infatigable ceño y sagaz esfuerzo. No hay faceta, rama o periodo, institución médica o perfil biográfico que no tenga reflejo en su densa y dilatada obra.

La dedicación durante más de sesenta años a este quehacer de forma sistemática, la diversidad de las revistas en las que publicó sus trabajos, y la multiplicidad de los temas hace muy difícil poder recopilar toda su obra escrita. No disponemos, sería un enorme logro, de unas obras completas reunidas que permitiesen el acceso fácil y consulta directa. Son más de un centenar de libros, amén de los artículos y trabajos menores. Si algún día tuviésemos reunidos todos estos y materiales, pienso que cuantitativa y cualitativamente no sería fácil encontrar ejemplos similares en nuestro entorno universitario. Esta labor recopiladora constituiría un enorme tributo, no sólo a la historia de la medicina, sino a la universidad de Salamanca donde ejerció su labor durante más de medio siglo.

El profesor Luis S. Granjel inició su labor docente en 1948 en la Universidad de Salamanca, ocupando como titular de la Cátedra de Historia de la Medicina desde el 27 de Junio de 1955, fecha de su nombramiento. En Octubre de este mismo año quedaba fundado, gracias a su iniciativa, el Seminario de Historia de la Medicina, destinado a promover el estudio del pasado de la Medicina Española. A partir de este momento profundizó en la misma línea, dedicando todo su esfuerzo personal a este quehacer universitario. En sus inicios, de forma modesta, quedaba instalada la Cátedra en las dependencias de la Facultad de Medicina en la segunda planta. Durante los comienzos, el Seminario que partió de la nada, fue creciendo. Contó el profesor Granjel, en los primeros años, con la labor de excelentes colaboradores, los Doctores Rafael Sancho de San Román y Emiliano Hernández Benito.

Don Luis recordaría más tarde como la cordialidad y el afecto compartido eran el lazo más firme de unión bajo precarias condiciones materiales: "El escenario, primero pobre y años después hasta fastuoso, que acogió desde 1955 a la Cátedra de Historia de la Medicina en el piso segundo de la antigua Hospedería del "*Colegio Arzobispo Fonseca*", dos habitaciones flanqueadas por el despacho del profesor de Psicología médica y los laboratorios de Farmacología, luego transformadas, casi diría que mágicamente, por amplias estancias, cómodos despachos y salón solemne ornado de pinturas del siglo XVIII en el marco de la arquitectura del Colegio Fonseca con su bello patio renacentista. Con escasos medios, los años de inicio de la vida de la Cátedra fueron para todos, y en el grupo me incluyo, de aprendizaje, con instalaciones que eran pobres y más tarde fueron suficientes para abordar los más ambiciosos proyectos historiográficos. Con penuria o con abundancia, la familia

que compusimos quienes cada día reanudábamos el quehacer al que nos atraía la vocación o el propósito de realizar el trabajo que permitiría obtener el doctorado, todos compartimos idénticos afanes; unos durante un corto periodo de sus vidas, el que tuvieron que consagrar a alcanzar el más alto grado académico; otros con vocación ligada a la labor docente”.

A los quince años de creación del centro de investigación, un día inexistente, como puro milagro, pero fue gracias a la tenacidad y esfuerzo personal de Don Luis, se transformó en el Instituto de Historia de la Medicina Española, trasladado al Palacio Fonseca, junto a la antigua Facultad de Medicina. El nuevo centro, su emplazamiento, quedó ubicado en una de las joyas arquitectónicas más esplendorosas del Renacimiento europeo. El Palacio edificado en 1519 fue restaurado en la década de los años sesenta del siglo pasado, bajo la gestión del Profesor Granjel, a la sazón Vice-Rector de la Universidad de Salamanca. Era el marco adecuado y excelente para ubicar el Instituto de Historia de la Medicina tan lleno de actividad intelectual.



Don Luis Sánchez Granjel.

Al fondo el bosque de pináceas del Goierri (Guipúzcoa)

El medio de expresión fueron primero las *Publicaciones del Seminario de Historia de la Medicina* (1956-1959), colección de monografías a las que siguieron los *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, aparecidos entre 1962 a 1975. Suman catorce volúmenes densos en contenido, bellamente editados y de enorme rigor histórico. Los *Cuadernos* cristalizaron a su entorno un grupo de historiadores de la medicina, entre los que me cuento, fue la primera promoción de profesores universitarios de la disciplina en España. Don Luis en el primer volumen anticipaba la pretensión y los objetivos de la revista con estas palabras: “Si bien los *Cuadernos* recogerán ante todo la labor de quienes trabajan en nuestro Seminario, sus páginas estarán siempre abiertas a la colaboración que se nos ofrezca: nada podrá satisfacernos más que contribuir, con nuestra revista, a entablar relación y establecer lazos de amistad con cuantos en España y fuera de nuestras fronteras se interesan por el pasado de la medicina española”. Era y así fue una revista nuclear dedicada de forma exclusiva al pasado médico hispánico. Esto fueron los *Cuadernos* durante tres lustros, en sus páginas se encuentran los autores más prestigiosos de la disciplina del siglo XX en el ámbito peninsular. A pesar de tiempo transcurrido, el vacío y el hueco que dejaron los *Cuadernos en la Historia de la Medicina Española* sigue demandando una publicación de su género, de dedicación exclusiva a esta historia particular que pudiese aglutinar a los grupos hoy dispersos en las diferentes Universidades e Institutos pero de nuestro país.

La obra que cerró el ciclo inicial fue la insuperable *Historia General de la Medicina Española*, en cinco densos volúmenes auténtica herencia científica del Maestro Granjel. Es la obra de plena madurez, de recapitulación y síntesis, de continuado trabajo y enorme esfuerzo que nos dejó su autor de lo mucho que España ha aportado a la Medicina universal. Esta obra, a pesar del tiempo, es de cita obligada que a todos nos seduce, cuya consulta siempre rinde provechosos frutos al investigador. En esta obra encontró Don Luis un punto de perfección raramente accesible, densa, ordenada, fiel a la realidad histórica, clara y exhaustiva. Es el mejor homenaje que un historiador podía hacer a los médicos españoles. En este legado científico brilla su desinterés material, su idealismo, su honda generosidad, en una obra sin parangón en nuestro entorno universitario. Huyendo de mitos y temas tradicionales lo más renovador en la obra de Granjel fue su modo omnicomprensivo de acercarse al pasado de la Medicina Española, un proyecto global y de enorme calado histórico. Este proyecto no es fragmentario ni esporádico sino fruto de una continuidad que superó con creces la barrera del tiempo.

Las dependencias del Instituto fueron obra personalísima del Profesor Granjel, quien diseñó, hasta en los pequeños detalles, su disposición interna y organización. Consideraba que la primordial misión del docente e investigador en su caso, era crear un centro de trabajo que permitiera cumplir plenamente esta actividad académica. Entendía que el trabajo era fruto de un grupo, de una escuela, que debía proyectarse primero en la Universidad de Salamanca, y más

tarde irradiar su influjo en el ámbito hispánico, como así lo hizo. A lo largo de la geografía peninsular ha dejado un amplio elenco de discípulos y amigos que siguen valorando y admirando su labor de magisterio. La vida académica del profesor Granjel y su querido Instituto son inseparables, constituyen una misma realidad, entrañablemente unidos como la luz y la sombra. A pesar de los años transcurridos para mí, desde que por razones administrativas hube de trasladarme a Valladolid, cuando regresaba a Salamanca, por motivos académicos, seguía admirando el Instituto del Maestro, en el que sorprendía siempre el orden y pulcritud de los materiales bibliográficos, realmente modélicas.



El Dr. Riera, de pie, presentando al Profesor Luis Sánchez Granjel, sentado a la izquierda, en el Aula Triste del Palacio de Santa Cruz de la Universidad de Valladolid en 1994

La grandeza del Instituto, debo insistir una vez más, no radica sólo en su creación, sino en cómo lo hizo, y este “como” cualifica el esfuerzo realizado. En toda obra de creación humana cuenta no sólo el resultado sino también las circunstancias. La novedad de su labor era completamente original, cuando empezó a trabajar en Salamanca la disciplina carecía de prestigio, estaba postergada del ámbito de las Humanidades, pasaba a ser una curiosidad sin ambición científica. La disciplina Historia de la Medicina no figuró hasta 1948 en el plan de estudios de Medicina, por ello la supervivencia académica de quienes se empeñaban en tan ardua tarea fue milagrosa. No existía en España antes de estos años ningún profesor dedicado a este quehacer, en tal sentido fue Don Luis un pionero

de enorme valor vocacional. Era el paso que la Historia de la Medicina pasado a ser profesional reglada en el ámbito universitario, en sus vertientes docente e investigadora. La expansión que sufrió la disciplina a partir de los años setenta de la pasada centuria llevó la dotación de nuevas plazas que consolidó su presencia en el ámbito internacional. Granjel en este sentido debe considerarse como una piedra angular de nuestra actividad en España.

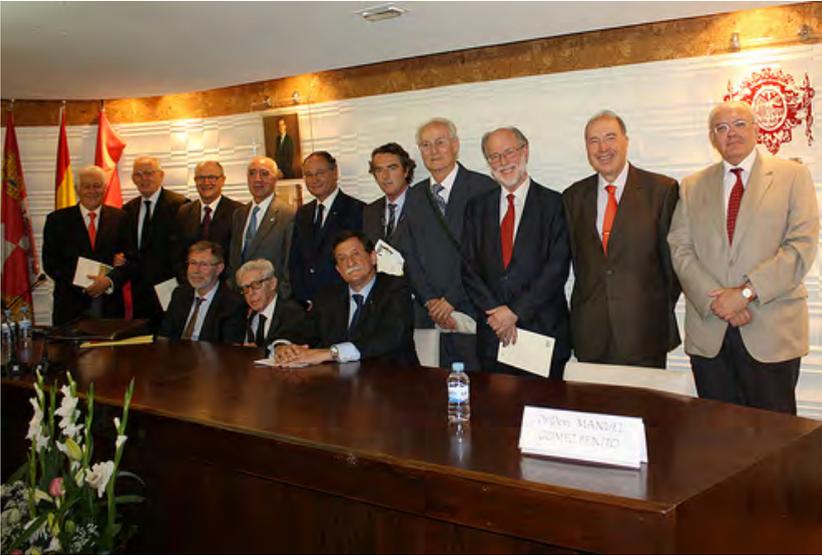


Homenaje al Profesor Luis S. Granjel en el Colegio de Médicos de Salamanca (7-9-2013). Al lado de Don Luis de izquierda a derecha José María Urkia, Manuel Gómez Benito, y José Antonio Otero, presidentes de los Colegios Médicos de Guipúzcoa, Salamanca y Valladolid.

La segunda gran novedad fue la incitación hispánica, poner como lo hizo Granjel en el punto central el estudio histórico de la Medicina española era casi una propuesta llena de riesgos. Carecíamos de tradición y sobre todo de una erudición previa para afrontar tamaño reto con solvencia, sólo habían llegado hasta nosotros los repertorios, con todas las limitaciones, de Antonio Morejón y Anastasio Chinchilla de la primera mitad del siglo XIX. Esta fue la gran originalidad en la elección del mejor tema: la Historia de la Medicina Española, desatendida y sin estudios rigurosos hasta este momento.

La Universidad española había ignorado el movimiento histórico-médico europeo del primer tercio del siglo XX, baste recordar que la figura más conocida en esta materia era Gregorio Marañón y Posadillo, clínico y endocrinólogo eminente. En 1950 el tema de la medicina hispánica era novedoso, recordemos como en el X Congreso Internacional de Historia de la Medicina celebrado en Madrid en 1935 bajo la presidencia de Gregorio Marañón la aportación de los historiadores españoles era todavía balbuciente. Nada o casi nada sustancioso resultó del congreso en orden a incorporarla en el ámbito universitario, con tales

premisas no existía ningún profesional de la materia hasta la llegada de Pedro Laín y Luis Granjel.



Homenaje a Don Luis en Salamanca. (7-9 2013). Rodeado de discípulos y amigos.



A la izquierda el Profesor Luis Sánchez Granjel en el curso de una conferencia en la Universidad de Valladolid en 1994, acompañado por el Profesor Juan Riera Palmero a la derecha.

Era una exigencia necesaria contar con los repertorios y diccionarios de médicos españoles, y fue Luis S. Granjel quien pechó con esta ingrata y deslucida tarea de trabajar para la siguiente promoción. Este trabajo consistió en sentar las bases eruditas de la síntesis final. En un momento de la vida española de

los años cincuenta del siglo pasado, huyendo de mitos y temas tradicionales, Granjel introdujo la gran novedad de su investigación sobre el pasado hispánico. Sin duda que suponía orillar los lugares comunes, renunciando al ensayismo y a las propuestas genéricas en apariencia más brillantes, pero de menor solidez científica. Más que el lucimiento personal Don Luis buscó con ahínco sentar las bases con enorme rigor de lo que debía ser la profesión de un docente e investigador de la Historia de la Medicina. La obra de Granjel es más, mucho más que ensayismo y divulgación, fue un proyecto coherente y armónico de estudiar nuestro pasado médico

Me sorprendía el orden y el equilibrio de este centro dedicado a la Medicina española. Latía entre sus paredes el mejor espíritu que presidió la renovación científica de nuestro pasado colectivo, porque el Profesor Granjel ha sido uno de los eximios maestros de la Universidad de Salamanca y su obra se sitúa por mérito propio junto a las grandes figuras de nuestro humanismo médico del siglo de Oro castellano, de la mejor tradición de la Ilustración de la España de Carlos III, de la generación de sabios de nuestra Restauración decimonónica, incluso del brillante periodo de la Edad de Plata del primer tercio del siglo XX.

El recuerdo de Don Luis nos trae al eminente historiador, su figura y su obra, que fue destacada personalidad en la creación de la nueva disciplina universitaria a la que dedicó toda su vida. La Historia de la Medicina, nacida a comienzos del siglo XX, gracias a los estudios Karl Sudhoff, y sus discípulos Paul Diepgen, y E. H. Sigerist, llegó a España como disciplina rigurosa en los años de posguerra, cuya consolidación no hubiera sido posible sin la contribución de Luis S. Granjel.

Nació, Don Luis, se ha dicho, en Segura en 1920, noble villa guipuzcoana del Goierri, en el corazón de Euskadi con las sierras Aralar y Aizkorri, donde pasó los años de su primera infancia, quedando atado para siempre a la tierra vasca. La vida del profesor Granjel se reparte entre los recuerdos guipuzcoanos y su definitiva vinculación salmantina. Hijo de médico, Don Gerardo, tras la enseñanza de Bachillerato en Béjar, cursó Don Luis estudios de Medicina en Salamanca, interrumpidos por la Guerra. La movilización durante el Conflicto Civil, lo llevó a participar en la contienda destinado en el cerro del Cristo del Caloco. Cuando regresó a Salamanca, había sufrido toda suerte de penurias, hasta el punto que Don Luis contaba que los ocho meses en el frente cambiaron por entero su vida, pasó de la adolescente juventud a una madurez plena. De nuevo en Salamanca, finalizados los estudios de Medicina, ya licenciado, inició su formación en la especialidad de Psiquiatría, pero el sabio historiador en ciernes, abandonó la clínica y gracias al consejo de su gran amigo, Ernesto Sánchez Villares, viajó a Madrid para iniciar la tesis doctoral bajo la dirección de Pedro Laín. Los años de estudio en la Facultad salmanticense no fueron vanos, conoció a dos grandes médicos, Sánchez Villares, antes citado, y el futuro fisiólogo José Castillo Nicolau, que pronto marcharía a Estados Unidos. En estos prime-

ros años de aprendizaje, el gran rector de Salamanca, Antonio Tovar Llorente, fue su valedor, hacia quien Granjel mantuvo una admiración entrañable, nunca quebrada.

Entender la obra de Don Luis es comprender su vida, porque las creaciones del espíritu no tienen solamente al espíritu por padre. El hombre entero, confesó Taine, contribuye a producirlas; su carácter, su educación y su vida, su pasado y su presente, sus pasiones y sus facultades, sus virtudes y sus vicios, todas las parte de su alma y de su acción dejan su huella en lo que piensa y en lo que escribe. Esta es la clave para entender cabalmente la vida y la obra de Don Luis. Todo lo que se ha dicho, en los numerosos homenajes recibidos en vida, las notas y obituarios dedicados al Maestro Granjel tras su muerte, como historiador de la medicina, son una parte inseparable de su trayectoria humana. La obra y la persona se funden en una sola realidad de forma singular e indivisible. La pulcritud, el orden y la claridad de sus numerosos libros, la fecundísima labor de magisterio, y sus amigos, su vida familiar, todo cuanto hizo tienen el sello de las virtudes que adornaron su vida, en suma la aspiración a la perfección llena de bondadosa generosidad.

Poseyó, Don Luis, el talento del bien decir, he aquí su espíritu y honestidad profesional en todo cuanto hizo y dijo. Su obra no estuvo anclada en la alta especulación, al contrario fue ajeno a retórica barroca imperante en la posguerra, dedicó todo su afán a la observación minuciosa del hecho histórico, del relato ajustado y ceñido a la verdad del pasado. No descuidó las grandes figuras de la medicina española, pero tuvo constantes gestos piadosos por historiar y rescatar de la memoria las figuras secundarias menos conocidas. Abordó con la misma objetividad e interés los periodos brillantes como las etapas deslucidas, su lema y el método de trabajo histórico fue dejar que las fuentes hablasen por si mismas. La obra de Don Luis incorporó no pocas novedades metodológicas, entre ellas la dimensión social de la medicina y enfermar humano. En esta línea se inscriben sus numerosas contribuciones al ejercicio profesional, la medicina creencial, la superstición médica y medicina popular, el periodismo médico, el grabado y la caricatura, el libro médico y la imprenta, historia de la vejez, historia de los hospitales como el excelente libro sobre Basurto, la hidrología médica y su uso social en el mundo contemporáneo, la epidemiología, el Protomedicato, y la historia de la enseñanza. Este colosal haber supera con creces más de cien volúmenes gestados a lo largo de toda su vida. Hizo historia biográfica, institucional y social, en suma su historia de la medicina española fue una historia total; bastaría releer los índices de sus libros para confirmarlo. En esta dimensión social, Don Luis, como nadie lo había hecho en la historia de la medicina, abordó la medicina y médicos desde la literatura. Parte importante de su legado tuvo como fuente la creación literaria, y el reflejo de los saberes médicos, el médico y la enfermedad, en la prosa castellana. Los textos literarios son capítulo imprescindible en su historiografía médica. Estaba familiarizado, como

pocos, con el pasado de la narrativa española, desde el siglo de Oro, Ilustración y por supuesto la novela contemporánea. Algunos de sus mejores trabajos abordan la relación entre medicina y prosa literaria, como su discurso académico, *Médicos novelistas y novelistas médicos*. En su biblioteca en numerosas ocasiones hemos contemplado toda la novela española de los siglos XIX y XX, capítulo que conocía a la perfección. En consonancia con esta amplitud de miras deben incluirse sus brillantes estudios sobre la generación del *noventayoch*, y las numerosas páginas que dedicó a los grandes novelistas españoles. Algunos de sus trabajos sobre la literatura picaresca, *La Lozana Andaluza*, *Los Médicos* y *el Quijote*, *Diego de Torres y Villarroel*, *Lorenzo Hervás y Panduro*, el padre *Antonio José Rodríguez*, la novela corta, y la prosa del siglo XVI son piezas que a algunos lectores les confundió creyendo que era Catedrático de Literatura Española.

En su método histórico no dejaba nada al albur, en primer lugar el análisis exhaustivo de las fuentes, la revisión constante de sus trabajos, y el pulido final que toda prosa histórica precisa. Estas premisas justifican que no existan grietas ni resquicios de hojarasca en su obra, densa, completa, obra clásica entre las clásicas de la historia de la Medicina Española. Sus hábitos de trabajo lo llevaban a revisar los originales en más de una ocasión, para comprobar que no había olvidos ni errores. Esta prosa granjeliana es magistral, precisa, clara, ordenada, en la que se unen la bella dicción y el rigor erudito. Era totalmente original, porque su estilo fue inimitable. Cinceló sus libros con justeza e insuperable orden y claridad.

La Historia de la Medicina para Don Luis fue, más que una profesión, una creencia que ha llenado toda su vida académica. Nuestra disciplina, aunque modesta en principio dentro del entorno médico, parecía tener valor de salvación, tal era el amor con la que la cultivaba. El historiador de la medicina, abandonaba el ejercicio clínico, y quemaba las naves en pos de una ardiente vocación: la historia de la medicina.

Perteneció Granjel a la primera promoción de de historiadores de la medicina de la posguerra, en la que hubo que realizar un esfuerzo personal considerable para superar las enormes dificultades materiales de la vida española de aquellos años. Más que generación eran individualidades aisladas, cuya constancia y tenacidad abrieron el camino a futuros profesionales. Si en Leipzig en 1905 Karl Sudhoff dejó la clínica y se convirtió en el primer médico historiador dedicado exclusivamente a este quehacer, su ejemplo lo siguieron en España, primero Pedro Laín en 1942, y Luis S. Granjel en 1948. Los repertorios ochocentistas de Morejón y Chinchilla, de indudable valor, así como el positivismo heredado de Luis Comenge, de erudición innegable, fueron aventajados a mediados del siglo XX por ambos profesores antes citados. Incorporaban así la nueva disciplina universitaria, superando el pensamiento positivista e historicista. Nació en España en la década de los cuarenta la historia como ciencia en el ámbito

del saber y quehacer médico. Don Luis ha sido el único que insistió en la necesidad de crear un centro de trabajo, el Seminario, más tarde Instituto de Historia de la Medicina, con las herramientas necesarias para la labor histórico-médica. Suyo es el manual de metodología en español el *Estudio Histórico de la Medicina*, dedicado a los doctorandos, como también la didáctica *Historia de la Medicina* destinado a los escolares médicos de licenciatura. En ambos textos priman la claridad y los fines docentes para los que fueron redactados.

Esta generación, hecha de escasas y brillantes individualidades, con enorme y desinteresado tesón, hizo posible la continuidad y preparó el camino hacia el reconocimiento de la Historia de la Medicina como rama de la medicina cada vez más pujante. A esta promoción, y junto al Profesor Granjel, se sumaron más tarde otros estudiosos, entre los cuales me cuento. Don Luis fue el pionero esforzado que desbrozó el camino y allanó las dificultades, trabajador de la hora prima, tras el cual llegamos los demás hasta los más recientes. La semilla de su obra y su ejemplo han cuajado en un valioso elenco de profesores, historiadores y estudiosos de nuestra disciplina dispersos por la geografía peninsular. La obra del Maestro es trigo limpio, que germinó en tierraazonada por el esfuerzo personal y el infatigable trabajo; sus continuadores y discípulos hemos recogido sus granados frutos. La solidez de su obra augura una vigencia duradera, prevalecerá sobre el paso del tiempo como monumento que un historiador ha rendido al pasado de la Medicina y de los médicos españoles.

Orillando referencias puntuales, conviene recordar que hoy la historia de la medicina en España no sería lo que es sin el paso de Don Luis por la Universidad de Salamanca. En esta ciudad del Tormes se dieron cita profesores de numerosas universidades, a Salamanca llegaron estudiosos de España y de otros países para conocer al Profesor Granjel. La huella de Don Luis será permanente y su obra imprescindible para acercarse al pasado de la medicina peninsular. Es una referencia obligada, fue mentor y guía para muchos como yo, que reconocían la excelencia de su magisterio. Era un privilegio y lo sigue siendo haberlo tenido por maestro, porque Don Luis no sólo fue guía y soporte esencial en la tarea historiográfica, era además amigo y valedor de cuantos quisieran trabajar en su cátedra, siempre abierta en interés de nuestra disciplina. Todo lo forjó paso a paso, diseñó una primera fase de rigurosa erudición con las bases bibliográficas y los imprescindibles índices de médicos, pasando a renglón seguido a parcelar un proyecto enciclopédico: la historia de la medicina española. Para llevar a cabo la síntesis consagró decenios al análisis de los textos, primero la etapa dedicada a reunir los materiales, para más tarde ordenarlos con rigor científico. Era una historia de la medicina hecha por médicos y para médicos, porque nadie puede sustituir la experiencia humana y profesional de un médico en estos menesteres. Sin descanso, fue elaborando las piezas maestras, para rematar el ingente esfuerzo con una obra colosal sin parangón en las historias nacionales de la medicina. Nada quedaba al albur, el proyecto lo cumplía con volun-

tad sobrehumana. Alcanzó su obra el cuerpo definitivo, sin grietas, ausente la hojarasca, para ello contó con el arma más poderosa que ama el tiempo: la constancia, su secreto fue robar tiempo al tiempo.

Éste es el gran legado, más de medio siglo de continuidad sin fisuras, de tenacidad sin desfallecimientos, pero le cupo la fortuna de ver finalizada una obra majestuosa, para la que era imprescindible el talante y carácter de un incansable cosechador del tiempo. Todo su esfuerzo se consagró a explicar y conocer qué había aportado España a la medicina universal, sin dejar parcela por escudriñar ni capítulo sin estudiar. A esta infatigable tarea de análisis, de parcelación, siguió la definitiva labor de estructurar en un conjunto armonioso, equilibrado y preciso: el brillante panorama de la medicina española en una prosa admirable a lo largo de cinco densos volúmenes.

Durante de la segunda mitad del siglo XX el salto cuantitativo y cualitativo de nuestra disciplina fue considerable. Se beneficiaron los jóvenes historiadores de un progreso material y un auge de la vida universitaria, que pasó de las exiguas plazas docentes a un amplio abanico de posibilidades. Sin embargo el puente entre generaciones lo simboliza el profesor Granjel. Es a partir de los años sesenta del siglo XX cuando cuajó la institucionalización de nuestra disciplina, empezando a tomar cuerpo su reconocimiento, gracias a las dos figuras Laín en Madrid, y Granjel en Salamanca. La celebración del Primer Congreso de Historia de la Medicina (Madrid, 1963), y el Segundo Congreso en Salamanca en 1965, fueron definitivos. A partir de estos años la Cátedra y Seminario de Historia de la Medicina, más tarde Instituto de Historia de la Medicina Española de Salamanca, ha sido centro de referencia para la disciplina.

La importancia de Don Luis no radica sólo en lo mucho que hizo, también en el alto rigor historiográfico, y cómo lo hizo, y este cómo en un momento de extrema precariedad universitaria nos da la clave de la enorme dimensión humana de su obra. Con escasos medios y sin espacio para desenvolverse en la antigua Facultad de Medicina, acabó creando el Instituto de Historia de la Medicina Española, magnífico centro ubicado en el Palacio Fonseca. Su laboriosidad acabó siendo reconocida en numerosos homenajes y distinciones como la medalla de Oro de la Universidad de Salamanca, el Doctorado Honoris Causa de la Pontificia, medalla de Oro de la Ciudad de Salamanca, Premio de las Ciencias Sociales de la Junta de Castilla y León, Presidente de la Real Academia de Medicina de Salamanca, Académico de Número y Bibliotecario de la Real Academia Nacional de Medicina, Miembro de la International Academy of the History of Medicine con sede en Londres, Miembro de Honor de “*Real Sociedad Bascongada*”, entre otros reconocimientos que por concisión no citamos.

Cuanto se ha dicho es sólo un apunte provisional y apresurado de los méritos que concurren en la obra de Don Luis, porque hizo mucho más. Se le deben más de cien volúmenes redactados, dirigidos y corregidos de su puño y letra, al

menos varias decenas de millares de páginas salidos de su mano en una etapa de la vida universitaria española con recursos contadísimos. En su haber hay repertorios bibliográficos, índices de médicos españoles, ediciones de clásicos de la medicina española, facsímiles con estudios preliminares encomiables y definitivos, recordemos las obras de Luis de Mercado, Francisco López de Villalobos, Enrique Jorge Enríquez, o el magistral libro sobre el médico vasco-navarro Juan Huarte de San Juan, y tantos y tantos bellos ejemplares, especialmente una obra cumbre de la prosa castellana, los *Discursos medicinales* de médico y aventurero, en Cartagena de Indias, Cristóbal Méndez Nieto, o las magníficas contribuciones dedicadas a Luis Lobera de Ávila, Andrés Laguna, Gregorio Marañón, entre otras muchas. No le fue ajeno el estudio cuantitativo y seriado de la historia, repárese en las monografías que dedicó al la historia del libro médico, incluso algunos de sus trabajos entran de lleno en la historia de mentalidades como *El ejercicio médico de judíos y conversos en España* (2003), discurso de ingreso en la Real Academia Nacional de Medicina.

No podemos olvidar otra de sus grandes creaciones, muy querida por Don Luis, fueron los *Cuadernos de Historia de la Medicina Española* (1962-1975), ya citados, obra en la que brilla su personal impronta. La revista fue la mejor en su género en el panorama hispánico del siglo XX, y en la cual colaboraron todos y cada uno de los que de profesión y oficio ejercíamos de historiadores de la Medicina en esos años. Los índices de esta cuidadísima revista avalan mi anterior juicio, magnífica no sólo en su contenido, sino por su presentación formal, en la que no faltó nada. Encontramos, en esta publicación, trabajos de los diferentes grupos a la sazón existentes, desde Madrid y Valencia, pasando por Granada, Sevilla y Málaga, incluyendo claro está el País Vasco, y un largo etcétera. Complemento de los Cuadernos fueron las *Monografías*, dedicadas a la medicina española, varias decenas de volúmenes, algunos definitivos como los trabajos de Mercedes Agulló Cobo, Rafael Muñoz Garrido, José Luis Valverde López, Manuel Usandizaga Soraluze, Manuel Iirigoyen Corta, Fermín Palma Rodríguez, Concepción Vázquez Benito, Teresa Santander Rodríguez, Florencio Pérez Bautista y muchos otros sin contar los que redactó personalmente Don Luis. A todo ello deberían sumarse conferencias, cursos, congresos, reseñas, ensayos y notas, artículos periodistas, entrevistas, en suma un cúmulo de trabajos ahora dispersos y difíciles de recopilar. En contadas ocasiones, complaciendo ruegos ajenos colaboró en *Diccionarios* y *Enciclopedias*, en este capítulo debe incluirse su presencia en la confección de los siete volúmenes de la *Historia Universal de la Medicina*. Tuvo gran respeto, rayano en el exceso, hacía quienes de profesión y oficio ejercían este menester, la cita puntual al original, la referencia al trabajo consultado era la norma, ejemplo a seguir de honestidad científica.

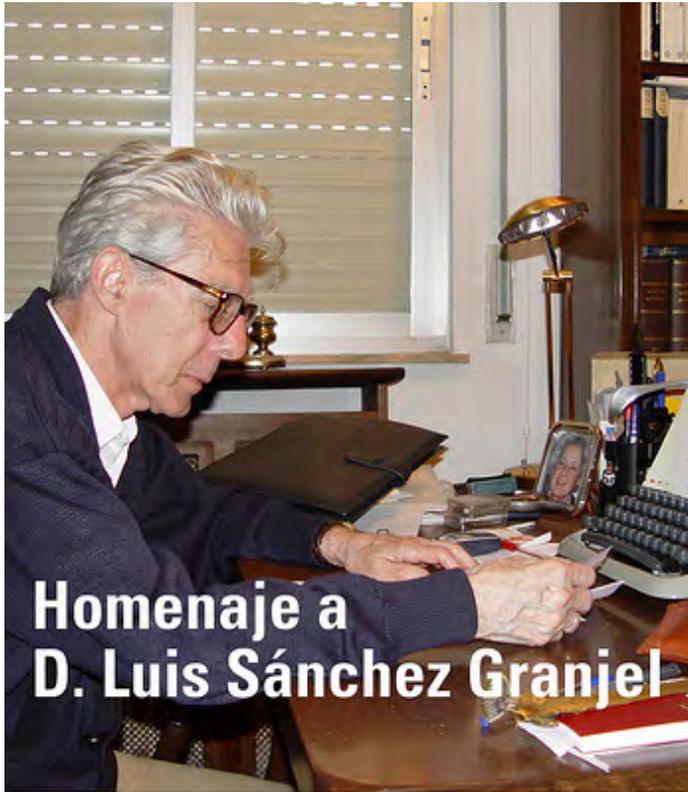
En su obra tuvieron un marcado protagonismo sus orígenes guipuzcoanos, razón que fue determinante en su interés por el pasado de la Medicina vasca; fundó la Sociedad Vasca de Historia de la Medicina, de la que fue su primer

presidente, y a su iniciativa se debe la celebración del Primer Congreso de esta nueva sociedad dedicado a la Medicina en la Época del Conde de Peñaflores. Recordemos la *Historia de la Medicina Vasca*, los *Cuadernos de Historia de la Medicina Vasca*, y una rica colección de monografías sobre la Medicina y los Médicos vascongados. Suyo fue el excelente *Diccionario de Médicos vascos*, único en su género en los estudios de biografías médicas. La huella de Don Luis en los territorios históricos vascos dejó, entre otros discípulos, a los profesores José María Urkía Etxabe y José Luis Munoa Roiz, ambos guipuzcoanos, y en Vizcaya al profesor José Luis Goti Iturriaga, y Malen Sarrionandia Gurtubay. Aunque en su madurez, Granjel declinó el ofrecimiento de ocupar la Cátedra de la Universidad Complutense, en sus años de juventud, quiero pensar, que hubiera recalado de por vida en Donosti, la tierra de su niñez.

Su trabajo era reglado, puntualísimo entraba a la misma hora todos los días en su despacho. La constancia, este arma poderosa que tanto ama el tiempo, fue el timón que le condujo a buen puerto. Los sábados estuvieron siempre destinados a contestar la abundante correspondencia que recibía, porque a lo largo de todos los días, incluyendo algunos festivos, Don Luis asomaba por la Cátedra. En su correspondencia hay cartas recibidas de sociedades de historia de la Medicina de la antigua América española, italianas, francesas, portuguesas sobre todo, cartas algunas del mexicano Fernández del Castillo, desde Roma de Adalberto Pazzini, de Henry Sigerist, pero también de Heinrich Schipperges, de Dieter Jetter, Francisco Guerra, Erna Lesky, Loris Premuda, Luis de Pina, o F. L. N. Poynter. Todo estaba ordenado, los epistolarios, ficheros de autores, materias, bibliografías, y un largo listado de materiales. Don Luis era de un orden increíble, pero de enorme utilidad, sobre todo para un aprendiz de historiador que era mi caso. Todo este entorno, pese a las limitaciones materiales, creaba un ambiente de trabajo y pulcritud que subyugaban. “Sine ira et cum studio” avanzaba Don Luis, en su ambicioso proyecto que finalizó a la postre de historiar todo el pasado médico español. Hasta el final de sus días no abandonó su noble pasión, cuando era avanzado octogenario tuvo valor y empeño para redactar la mejor monografía de la *Historia de la Academia Nacional de Medicina* (2007), completada más tarde, ya nonagenario, en 2012 con la monografía sobre la Academia en su etapa bélica de San Sebastián.

El aprendiz de historiador llegaba, como yo mismo, titubeante, con temor e indeciso, de forma que en los primeros compases, dábamos pasitos con pequeños traspiés, pero pasado un tiempo, acababa gustando la disciplina y creando adicción al trabajo de historiador de la medicina. Pasaron por Salamanca, entre otros, Rafael Sancho de San Román, Diego Miguel Gracia Guillén y José Luis Peset Reig, todos ellos con obra personal valiosa. Este clima atrajo a numerosos profesores de la Facultad de Medicina de Salamanca al quehacer de la historia de su especialidad, como los pediatras Ernesto Sánchez Villares, antes citado, y Mercedes Jacob Castillo, el dermatólogo Antonio García Pérez, el psicólogo

Enrique Freijo Basalbe, incluso el brillante oftalmólogo Emiliano Hernández Benito. En la actualidad siguen activos en Salamanca en la disciplina los médicos historiadores Antonio Carreras Panchón, Mercedes Sánchez-Granjel Santander, Juan Antonio Rodríguez Sánchez y la lingüista Berta Rodilla Gutiérrez.



“Y consiento en mi morir con voluntad placentera”
 Jorge Manrique. *Coplas a la Muerte de su Padre*. (c. 1476)

La vivencia de su magisterio y amistad evoca, a quines lo conocimos, la imagen del Profesor Granjel, cuya ausencia se tiñe de nostalgia y emoción contenida. Mi trato con Don Luis se inició en un viaje a Salamanca el 20 de Agosto de 1963, y desde entonces hasta el último momento estuve en entrañable relación con su persona. A diario, cuando yo residía en aquella ciudad, era un privilegio acompañarlo, paseando desde su casa en la Gran Vía, hasta el Palacio Fonseca, lugar de trabajo, con su claustro renacentista, en cuyas dependencias acabó la redacción de la Historia de la

Medicina Española. Recuerdo los luceros en el escudo del Arzobispo Fonseca, mientras en el suelo de la planta baja crecían castos cipreses y asomaban los capullos en los rosales floridos sobre un césped esmeralda. En la Cátedra de Historia de la Medicina, dos tallas antiguas de los Santos Cosme y Damián, recordaban el origen religioso y la dimensión histórica de la Medicina. Un muñeco articulado era el testimonio de la renovación anatómico-quirúrgicas de la Medicina salmantina del reinado de Carlos III. La techumbre y las dependencias todavía mostraban frescos alegóricos del siglo XVIII. Se escuchaba teclear, en el remanso de paz de la Cátedra de Don Luis, la vieja máquina de escribir, era un sonido monótono, que seguía sin descanso al que dedicaba, todas las mañanas y las tardes, varias horas antes de entrar a clase. Trabajo y silencio, entusiasmo y tesón eran las constantes de aquel Instituto lleno de pasión intelectual por la historia de la medicina española. Fueron los años de fecundo aprendizaje, de esfuerzo continuado en mi formación universitaria al lado de Don Luis, un auténtico gigante de las Humanidades en España. El oficio, me decía el profesor Granjel, precede al arte, es necesario aprender con rigor el método histórico a la par que adquirir una densa erudición para poder analizar los textos y sentar las conclusiones. La Cátedra de Salamanca y Don Luis fueron mis nodrizas en el difícil aprendizaje de la narración histórica.

En Fonseca, joya del primer renacimiento castellano, cundía una intensísima pasión intelectual. Desde cuyo rellano se oteaba la hermosura de Salamanca, ciudad que enhechiza la voluntad en frase cervantina, con las dos Catedrales, la Vieja y la Nueva, el Palacio Monterrey, el paseo de Carmelitas y los jardines de San Francisco, la Clerecía y sus altísimos y bellos cimborrios elevados hasta el cielo, y en medio la antigua judería. La ciudad Salamanca ahora renace en mí, como imagen en el recuerdo, donde pasó Don Luis toda su vida académica, conocedor de plazas y plazuelas, ruas y callejas, iglesias, fachadas y retablos, claustros y palacios, torreones y conventos: ¡ estallido de piedra tallada dorada al sol! Salamanca erguida junto al Tormes, en el corazón de Castilla, sobre la tierra llana como la palma de la mano del famoso soneto unamuniano. Más allá, en la lejanía, los días claros asomaban en el horizonte, hasta bien entrada la primavera, las cimas nevadas de Gredos y la sierra de Candelario. Este fue el hermoso marco de su vida cotidiana

Sospecho, quizá sea error mío, que Don Luis tuvo dos patrias, y a las dos amo por igual: Donosti y Salamanca. Dos patrias tan pequeñas que las pudo soñar completas. Dos amores bíblicos, si aquella fue su Lea, ésta era Raquel. Mis palabras quizá no sean del todo objetivas, pues la grandeza del maestro y mi profunda admiración, tal vez desvirtúen la percepción de la verdad. Sus veranos eran etapas en las que recalaba en Guipúzcoa, en cuyo Balneario de Zestoa compartía amistades y afectos. Otras veces viajaba hasta Galicia donde tuvo familiares muy cercanos.

Entre sus preferencias, fue un incansable lector, me atrevería a afirmar que Pío Baroja, y los Baroja, fueron sus elegidos. Estas confesiones musitadas las he escuchado en visitas a la Casa de los Baroja, "Iztea" en euskera, en Vera del Bidasoa, durante el paseo por la mansión y sus alledaños, el mundo vasco llegaba a mis oídos

a través de los relatos del profesor Granjel, recordaba emociones, vivencias, amistades, y la conocida frase de Pío Baroja cuando salía de su casa diciendo “me voy a España”, y regresaba con palabras muy parecidas, en la valla fronteriza, “vuelvo a Francia”. Con Don Pío, Granjel mantuvo relación epistolar a quien visitaba periódicamente en Madrid hasta los últimos días del novelista vasco. En Salamanca siguió cultivando la amistad de vizcaínos y guipuzcoanos, como Juan Manuel de Gandarias y Bajón, Miguel Artola Gallego o José Ignacio Tellechea Idígoras, porque la colonia vasca siempre fue un selecto grupo en las aulas salmantinas.

No tuvo vicio alguno, si llegó a fumar en los años de juventud, recuerdo su pipa y el aroma impregnando el entorno, muy pronto abandonó esta costumbre, tampoco tuvo enemigos, ni jamás los conocí, el tono de su voz, sus ademanes, pese a la energía en su trabajo intelectual, siempre fueron contenidos, pausados, serenos, desconoció la crispación, nunca tuvo gestos de reproche y en ningún momento utilizó la displi-cencia como excusa. No fue un orador apasionado, ni gustó de la elocuencia ochocentista, rehuyó siempre la retórica postiza y la dicción vehemente, prefería recluirse en una discreción barojiana. Todos nos sentimos doloridos por la irreparable pérdida de Don Luis S. Granjel, lo recordamos, parece que fue ayer y han pasado más de cincuenta años cuando tuve la fortuna de encontrar al entrañable maestro en el camino de la vida. La existencia humana es como la sombra huidiza, como el paso fugaz de una nube, o más aún, como Calderón anunciaba: la vida como sueño. En el bello verso de Quasimodo se resume la fragilidad humana: “Cada uno está solo sobre la faz de la tierra traspasado por un rayo de sol, y de pronto llega la noche”. Granjel fue ese rayo de sol que alumbró mi camino en la senda universitaria, maestro a quien tanto debo y proclamo. Ésta es la imagen y nostalgia que Don Luis nos trae, cuando un tiempo pasado fue presente. Vivió, Don Luis, complacido en su Salamanca, con el recuerdo de su tierra vasca, y al final de la vida siempre con la esperanza puesta en el reencuentro con los suyos. Llenó su vida con la fecunda obra personal, en ella encontró toda la paz, y la felicidad que el hombre puede alcanzar, el placer de servir con el trabajo, su deseado refugio espiritual, como Fray Luis de León, ambos dos grandes humanistas cristianos, « que descansada vida la del que huye del mundanal ruido », en palabras del poeta de nuestro siglo de Oro, descanso y solaz que llenó la existencia terrena de Don Luis. Lo que fuera inquietud y desasosiego en el vasco Miguel de Unamuno, fue para Granjel equilibrio interior, serena existencia y esperanza cristiana, dos vascos enraizados en Salamanca, con semblanzas espirituales tan distintas.

Las asperezas y sinsabores que en la vida a todos nos aguardan, supo llevarlas con profunda espiritualidad cristiana, primero la pérdida de su hermano Gerardo al comienzo de la guerra civil, muerto en combate, años más tarde el dolor por su hijo más querido, Luis, recién licenciado en Medicina, y por último Julia, su esposa inseparable, que hizo aún mayor su soledad. Don Luis desde el silencio, lúcido pero desolado a la vez, hizo más auténtica su vida, llevando a cabo una ascesis, que ahondando en su profunda fe, alcanzó cotas de auténtica espiritualidad. Este fue el hom-

bre de trayectoria irreprochable, historiador inimitable, hombre valiente y bueno. Tuvo la recompensa del deber cumplido, de una vida fecunda, del magisterio logrado, del sabio poseído por la paz y la esperanza, con ánimo esforzado fue siempre un caballero de la verdad, y tuvo la fortuna de contar con la admiración y respeto de todos. En frase de Antonio Machado « virtud es fortaleza, ser bueno es ser valiente », éste ha sido el Profesor Luis S. Granjel, valeroso, virtuoso, auténtico en todo, y lleno de generosidad para los demás, al dedicar su vida a esta nobilísima pasión intelectual y humana: rescatar del pasado la medicina y los médicos españoles. No cabe más alta y noble pasión, pues su esfuerzo ha sido en favor de los demás, de todos los historiadores de la medicina española. En ello mostró siempre su vocación serena y el rigor de su obra, ambas expresión del más alto artífice que ha tenido en el siglo XX la historiografía de la medicina española. ¡Que gran hombre fue Don Luis; Todo un hombre.¡

Toda su vida se resume en dos palabras: la virtud de la templanza. Si desvelo su alma, es que también descubro de par en par la mía propia. Huido de la vida ya el Maestro, siento el vacío de la soledad sin su presencia, yerma la mente, el corazón herido, dolorida el alma y muda el habla. Como único superviviente de aquella primera hornada de médicos apasionados de la historia, vuelvo al pasado lleno de ansia incompleta del desvivir humano. No sé si dudo, temo, espero o sueño en el gran misterio tras la muerte, quizá sea la aurora de una vida renacida. ¡Sólo Dios lo sabe; Don Luis que fue, como nosotros, peregrino en este mundo, tras su muerte ,ya descansa por siempre en la Morada de los Justos.

Juan Riera Palmero
Académico de Número.